

# **ENCADENADOS**

**(PEDRO URIS, 1998)**

A esa hora de la mañana no había mucha gente en aquel bar, pero todas las personas que allí se encontraban tenían compañía. Todas menos ella. Laura estaba sola en uno de los extremos, junto a los ventanales que daban a la calle, pero no era consciente de esta circunstancia. La realidad física del espacio en el que se encontraba carecía para ella de importancia. Solo había entrado en busca de un teléfono, pero ahora dudaba si hacer esa llamada. Laura estaba próxima a los treinta años y desde siempre estaba unida sentimentalmente a un solo hombre. Las cosas siempre habían ido como ahora, él con muchas quimeras y poco dinero, y ella casi al contrario, viviendo del dinero de su familia y de las quimeras de su amante. Todo prestado, nada suyo. Dejándose llevar. Unas noches en una habitación y unos días en otra ciudad. Así había sido durante todos esos años. ¿Por qué ahora era diferente?

Laura se levantó con energía y se dirigió a la barra. No sabía la razón, pero esa mañana iba a tomar una decisión. Elegir una vida que le perteneciera sólo a ella. Hablaría con él y le comunicaría sus intenciones, pero lo haría por teléfono. Otras veces lo había intentado cara a cara y había terminado en sus brazos. Sin palabras que explicaran sus sentimientos, sin palabras que dibujaran un futuro. El local lo atendían dos chicas que a duras penas llegarían a los veinte años. Una de ellas, la que tenía el pelo teñido de un rubio agresivo, estaba apoyada de espaldas sobre la barra, mientras que la otra terminaba de fregar unos vasos a pocos metros de ella. Laura se dirigió a la primera para preguntarle la situación del teléfono público del local. Casi sin parar de hablar con su compañera de trabajo, la camarera le indicó un pequeño locutorio situado junto a la entrada de los servicios.

— Mira, no lo pienso más, si no me llama antes de salir, y quedan un montón de horas, paso de todo y le llamo yo.

— ¡Pero tía, no te pases! Si entra por la puerta y no te dice nada, ni le conoces. Estabas pasadita de pastillas.

— ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Te digo yo lo que te metes o te dejas de meter?

— A ti si que te la van a meter bien metida como sigas tan cargadita los fines de semana.

— ¡Qué paso, tía, qué paso de todo y lo llamo!

— ¿Pero qué quieras? En una disco como ésa nunca encontrarás un buen rollo, sólo tíos para estar allí.

— Este no es como los otros. Además estoy harta de los otros.

— Anda, pasa por la cinco antes de que se corran de tanto mirarse. ¿Es así como quieras estar con ese tío que te ha puesto las bragas del revés?

La camarera del pelo teñido miró hacia la mesa del local que identificaba el número cinco. Los dos niñatos que esperaban en ella apenas tendrían diecisiete años, la chica tal vez menos, y efectivamente se estaban mirando como si fuera la primera vez que tuvieran a alguien del otro sexo a su lado. Ella nunca había sido así cuando tenía esa edad. ¿Qué tenía que ver que un chico le gustara de verdad, no como los otros, para que tuviera que poner cara de gilipollas? El joven cogió la mano de la chica y acercó unos centímetros su rostro.

— A Raúl no le importaría pasarnos esa habitación. Él se arregla con la del fondo. ¿Te molesta estar con más gente?

— Corta un poco, ¿no crees?

— No con Raúl, ya lo conocerás mejor, con él no hay pegas. Además se trata de una habitación muy especial, ha sido nuestra primera habitación.

— ¿Es especial para ti?

El joven la miró con cierta tristeza. ¿Por qué decía eso? Para él también había sido la primera vez. Una primera vez que sólo podía haber sucedido con ella. ¿Cómo vencer esa desconfianza? ¿Cómo explicarle que compartían los mismos sentimientos, las mismas emociones, las mismas incertidumbres? El joven no tuvo tiempo para encontrar las palabras que expresaran la sinceridad de su amor, unas palabras que quizás no hubiera hallado nunca, porque una de las camareras llegó hasta su mesa.

— ¿Qué os traigo?

— Dos cafés con leche. ¿Tú quieres alguna cosa más?

La chica negó con la cabeza mientras trataba de devolverle a través de sus manos entrelazadas la confianza que su pregunta había puesto en duda. La camarera observó la suave presión que ejercía la mano de la chica y por un instante creyó sentir añoranza de ese afecto que ella no había conocido nunca.

— A mí tráeme un pastel de aquéllos.

— ¿De cuáles?, preguntó la camarera ignorando ese sentimiento traidor que le había asaltado.

— Como ése que tiene aquella mujer.

Aquella mujer apenas había probado el pedazo de pastel de chocolate que tenía junto a la taza de leche. Realmente ni siquiera lo había pedido, pues lo había encargado el hombre que estaba con ella. Ambos pasaban largamente de los cuarenta y llevaban casados desde los veintitantes. Una casa, dos hijos y dos coches, ése era el balance visible de una vida en común. Aparentemente un matrimonio como tantos otros, pero ahora la mujer insinuaba las lágrimas en sus ojos y apenas había atendido al pedazo de pastel de chocolate que tenía sobre la mesa.

— No puedo, Carlos. De verdad que no puedo.

— Ya sé que ha sucedido otras veces, pero ahora es diferente. Todo eso ha terminado para siempre.

La mujer ya había escuchado esas palabras en otras ocasiones. Unas veces las había creído y otras no, pero siempre había pensado que su vida en común merecía una nueva oportunidad. Su casa, sus hijos, sus coches. Nunca había atendido a sus sentimientos, sólo a su vida. Ahora se preguntaba por ellos y sentía que todo era distinto. Ya no se trataba de continuar, sino de comprender.

— ¿Cómo puedo saberlo Carlos?

— Yo lo sé, esta vez lo sé.

— Tal vez después, más tarde. Ahora no podría.

— Escucha Cristina, yo siempre sabía que tú estarías cuando volviera. Por eso todo resultaba tan poco importante. Ni las otras mujeres, ni tus lágrimas importaban. Pero ahora...

— No Carlos, le interrumpió la mujer. Tú sabes que yo quiero intentarlo de nuevo, lo sabes como siempre. Pero ahora no puedo.

Cristina sintió que las lágrimas iban a escapar del control que hasta ese momento habían ejercido sus ojos y no deseaba que él lo viera. No quería que esta vez fuera como todas las otras. Cuando sólo se preguntaba si merecía la pena continuar. Cristina se levantó precipitadamente, pretendiendo formular una excusa que nunca llegó a pronunciar. Una vez en pie, dudó un instante, desconcertada por la dificultad de encontrar un lugar privado en un sitio público. Un instante de duda que Carlos ni siquiera pudo advertir, pues Cristina pronto halló lugar para sus lágrimas en la soledad de los servicios que se encontraban junto a la mujer que estaba hablando por teléfono en

esos momentos. Fue hacia ellos con tal precipitación que Laura ni siquiera la vio cuando pasó por su lado, aunque para ella lo único que contaba era la voz que le hablaba desde el otro lado de la línea y difícilmente hubiera podido prestar atención a cualquier otra cosa.

— No quiero pasar para hablarlo, lo estamos hablando ahora. (...) Eso no tiene nada que ver. (...) ¿Y qué tiene de malo eso? ¿Por qué no hay que hablar del futuro? (...) Sí, me refiero a eso también, al trabajo que te ofrecía mi padre. A ése o a cualquier otro.

Palabras protegidas por la distancia, palabras con las que Laura pretendía construir una muralla que le impidiera acudir a su lado tal como le insistía la voz del teléfono. Ven y lo hablaremos. Así había sido otras veces y habían acabado abrazados en la cama, ella con el corazón loco de alegría y con todas las palabras que quería decirle perdidas entre las sábanas de su amor. Laura trató de encontrar esas palabras que tantas veces se había guardado, sin sospechar que se encontraba atrapada en la misma duda que agitaba el corazón de la mujer que lloraba a escasos metros de ella, oculta tras la puerta del reservado de señoritas.

— Yo también te quiero, pero no puedo seguir así. No quiero hacerlo. (...) Sabes que mi familia no tiene nada que ver con esto. (...) Ya he ido otras veces para hablarlo y no quiero volver a hacerlo. Lo estamos hablando ahora. (...) ¿Qué pasa con el teléfono? Las palabras son las mismas.

Eso no era cierto, las palabras no eran las mismas y Laura lo sabía. Lo que dijera a través del teléfono no valdría nada. Ni para ella, ni para nadie. La pregunta era si merecía la pena intentarlo de nuevo cara a cara y para eso no tenía respuesta. Laura colgó el teléfono, pero no regresó a su mesa porque todavía pensaba que esa decisión no podía tomarla sola. Ocupada en marcar el número de su amiga y confidente habitual, tampoco vio en esta ocasión a esa mujer con la que compartía el vínculo de una elección

sentimental y que ahora salía de los servicios con paso firme, decidida a olvidar las lágrimas y situar en orden sus emociones respecto al hombre con el que había vivido tantos años y que ahora le aguardaba en la mesa con cierto aire de derrota. Sin embargo, esa firmeza que Cristina creía disponer en sus movimientos no era más que un espejismo y cualquiera hubiera observado su andar vacilante y su mirada desprovista de un espacio definido al que enfocar. Movida por esta falsa seguridad que se adjudicaba, Cristina no calculó bien las distancias entre dos mesas que había en su camino y tropezó con el borde de una de ellas, provocando que uno de los vasos se derramara parcialmente sobre el mantel antes de que su propietaria, una mujer unos años más joven que ella, lograra sujetarlo y aceptara de buen grado las excusas que Cristina le presentó, conmovida sin duda por la turbación que se leía en los ojos de la desconocida que, con su torpeza, había interrumpido las confidencias que desde hacía bastantes minutos confiaba a su amiga de otro tiempo.

— De acuerdo, tienes razón, dijo la amiga, aprovechando la interrupción y convencida de que ya no le hacía falta escuchar nada más. Todo lo que me cuentas, todo lo que te pasa, es una putada, pero no te encuentras ante ningún dilema, porque no tienes nada que elegir. ¿Adónde quieres ir ahora con un chavalito que ni siquiera tiene curro fijo y para el que dentro de unos años serás una vieja?

— Hemos vivido toda la vida pensado en el futuro, en qué pasará mañana, y cuando ese futuro llega ya es tarde para todo. No me importa lo que piense dentro de unos años y tampoco que no tenga curro. Ese no es el problema, el problema es que a Juan le sigo queriendo, los quiero a los dos y no puedo elegir.

— No, Julia, estás equivocada, ése no es el problema.

— ¿Entonces, cuál es? ¿Qué no puedo mandar a la mierda mi casa, mi hijo, mis relaciones sociales? No me jodas con esa historia a estas alturas.

— No se trata de ninguna historia, se trata de tu vida. Nadie puede mandar a la mierda su propia vida y todo lo demás son palabras.

— ¿Y los sentimientos? ¿También son palabras?

Antes de contestar, su amiga retiró a un lado los objetos que había sobre la mesa para que la chica que se acercaba pudiera limpiarla con comodidad. La camarera del rubio teñido dejó en la mesa vecina la bandeja que llevaba y procedió a reparar el pequeño desaguisado que Cristina había organizado, antes de continuar su camino hasta la mesa que ocupaban los dos jóvenes que se cogían de la mano y en los que había tratado infructuosamente de reconocer algún momento de su vida pasada, como si estuvieran separados por una barrera de muchos años cuando en realidad sólo tenía unos pocos más que ellos. Un par de cafés con leche y un pedazo de pastel de chocolate que ella dejó sobre la mesa con deliberada lentitud mientras trataba de descubrir el misterio que encerraban aquellas dos manos entrelazadas. Tal vez guardaran en su interior el secreto de un amor para toda la vida, o tal vez sólo escondieran el rubor del primer polvo, algo que ellos quizás pensaran que era lo mismo, pero que ella sabía que era muy distinto. Cuando se retiró, el chico le ofreció un trozo del pastel que había pedido pero la chica rehusó con una sonrisa.

— ¿Estás segura de que tienes que irte? Te propongo una cosa...

La joven detuvo estas palabras colocándole suavemente la mano sobre los labios.

— No es posible, tengo que pasar por casa. Mis padres son capaces de llamar me a casa de Silvia si me retraso. Ya lo han hecho otras veces.

— ¿No te han pillado nunca?

— ¡Cómo si no supieras que es la primera vez que les miento!

La chica hizo una pequeña pausa, un tanto apurada por la necesidad que sentía de reiterar sus sentimientos.

— La primera vez de todo.

Estaban tan cerca, tan juntos, tan enamorados, que el chico no supo qué hacer para corresponder al calor de esta confesión.

— Vale, te acompañó a casa y te espero abajo. Así nos vamos juntos a la facultad.

— ¿Pero no tenías una clase a las diez?

— Es igual. Hoy es un día especial. Nos fumamos el último cigarro y nos vamos.

El paquete de tabaco que había sobre la mesa estaba vacío y el chico se levantó para sacar uno de la máquina que estaba situada al lado del pequeño locutorio telefónico. El último cigarro nunca había que perdonarlo, traía mala suerte. Durante el minuto escaso que permaneció junto a la máquina de tabaco, pudo escuchar las palabras de la mujer que estaba hablando por teléfono a pocos metros de la misma. Fueron palabras que apenas pudo reconocer, ni en su significado colectivo, ni muchas veces siquiera en su identidad individual, pero el eco rasgado de la voz de aquella mujer le provocó un sentimiento de incomodidad que siempre le asaltaba cuando la vida le mostraba sus aristas de dolor y soledad.

— He tratado de decírselo todo, pero él insiste en que nos veamos, que lo hablemos cara a cara. En su casa.

Laura sabía lo que le iba a decir esa amiga de siempre, esa amiga casi única a la que había llamado, del mismo modo que también conocía de antemano el contenido de la conversación que acababa de tener con el hombre del que estaba enamorada o lo que

sucedería si cedía a sus deseos y acudía a verlo. Demasiadas cosas conocidas antes de que ocurrieran para pensar que la decisión dependía sólo de ella.

— No, no quiero que suceda lo de siempre, respondió con cierta brusquedad, molesta no tanto por las palabras de su amiga, como por la sospecha de estar siguiendo un camino que otros trazaban por ella.

¿Cuál era ese vínculo, esa cadena que la sujetaba a comportamientos y situaciones que dibujaban un futuro que no deseaba? De vuelta a su mesa, Laura tuvo la sensación de haber recorrido un círculo inútil, de haber escuchado las palabras de siempre, de encontrarse en el mismo lugar que hacía unos minutos. Cuando saliera de ese local, y podía demorar su partida todo el tiempo que quisiera, pero ésta era inevitable, debería tomar una decisión, elegir una dirección. Hacia la izquierda, hacia casa de su amiga, o hacia la derecha, al encuentro del hombre que, muy a pesar suyo, tenía prisionero su corazón. Sus ojos siguieron inconscientemente esas dos direcciones que ella pensaba guardaban todas las expectativas de su futuro, y en su movimiento se cruzaron un instante con la mirada de esa mujer que había llorado casi a su lado sin que ella lo supiera, y con la que compartía, también sin saberlo, unas palabras que ambas habían escuchado demasiadas veces. Cristina atendía las palabras de amor de su marido con una distancia interior que le resultaba especialmente dolorosa. Tal vez sólo fueran, como otras veces, intenciones de un día, o tal vez respondieran en esta ocasión a profundas convicciones de su corazón, una diferencia esencial que, sin embargo, ella ya no trataba de descubrir en los ojos del hombre con el que había convivido tanto tiempo, como si el cansancio y las decepciones de todos esos años hubieran empañado para siempre su capacidad de sentir.

— Hay momentos, Cristina, en que las cosas que creías conocer resultan ser distintas.

— No irás a decirme que has descubierto ahora que estás locamente enamorado de mí.

— No me lo hagas más difícil.

— ¿Difícil? Difícil ha sido para mí todos estos años, precisamente por eso, porque estaba enamorada de ti.

— ¿Estabas?

— Estaba o estoy. ¿Qué más da eso ahora? Ya no tiene ninguna importancia.

— Sí la tiene, eso es lo que quiero decirte. Entre nosotros existe un vínculo, una cadena que no podemos romper.

— ¿Una cadena?

Una cadena que ninguno de ellos podía ver, pero que establecía un vínculo entre todas las personas que esa mañana compartían las líneas de este relato sin principio ni final. Prisioneras de unos sentimientos que creían poder dominar, pero de los que terminaban dependiendo. Sentimientos de juventud y sentimientos de después. Sentimientos en los que creer y sentimientos de los que desconfiar. Sentimientos de verdad y sentimientos de mentira. Eslabones de una cadena que era común a todas ellas, fuera cual fuera la vida que habían vivido o la vida que pretendieran vivir.

— ¿Encadenados? ¿Qué quieres decir con eso?

Julia buscó en los ojos de su compañera de mesa el pasado común que en otro tiempo hizo de ellas amigas inseparables. Una amistad que la vida se había encargado de disolver en la realidad de unos hogares distintos y que ahora parecía alumbrar de nuevo su llama, cuando ella se asomaba a un abismo que había creído cerrado para siempre.

— ¿De verdad que no sabes lo que quiero decir? Antes lo sabías. ¿Qué sucede con el tiempo?

Ella sí que sabía lo que Julia le estaba queriendo decir. Esa relación con un chico mucho más joven parecía haberle devuelto las palabras de su juventud, cuando juntas miraban la vida que llegaba con los ojos de quien se cree capaz de construir su propio palacio. Palabras, deseos o quimeras que esa misma vida se encargaría de destruir.

— De acuerdo, se trata de los sentimientos. ¿Cómo decíamos entonces? ¿Qué sólo vivimos cuando sentimos? ¿Qué estamos encadenados a nuestros sentimientos? ¿Y todo eso qué es ahora? Palabras de antes, palabras de otros sitios. Nada.

— Pues yo siento esas palabras. Siento un amor distinto por cada uno de ellos y no quiero renunciar a ninguna de esas dos oportunidades.

— Tú no sientes eso. Tú sientes otra cosa. Además todo aquello no era verdad, estábamos equivocadas, sólo estamos encadenadas a nuestra vida, a la que nosotras hemos elegido.

Los sentimientos, la vida, una duda que Julia compartía, sin saberlo, con esas dos mujeres que tenía a su espalda y a las que no conocería nunca. Con Cristina, que por primera vez permanecía ajena a las palabras de su marido. Con Laura, que por primera vez trataba de encontrar sus propias palabras. ¿Cuándo habían elegido ellas esa vida a la que ahora debían estar encadenadas? ¿En qué momento habían decidido cuál era el tamaño de la celda en la que debían confinar sus sentimientos? Tal vez se tratara de un solo gesto cuya trascendencia no habían supuesto en su momento, o tal vez de una cadena de gestos que lentamente dibujaban el círculo en el que iban a quedar atrapados sus sentimientos. Ninguna de ellas recordaba haber efectuado esa elección, pero la vida tal vez fuera eso, un camino hacia el silencio que nunca sabes cuando has comenzado a

recorrer. El camino por descubrir que creían iniciar aquellos dos jóvenes que tenían las manos cogidas o el camino perdido del matrimonio que se encontraba a pocos metros de ellos. El camino quemado antes de emprenderlo de aquellas dos camareras o ese camino de tan sólo dos direcciones que Laura creía que encerraba todas las alternativas de su vida.

Laura se levantó de la silla que ocupaba junto a los ventanales de aquel bar y se dirigió a la barra para pagar su consumición. Ajena a las historias que había compartido en aquel lugar, sin saber nada de unas vidas que habían conocido o que conocerían encrucijadas como la suya, Laura caminó hacia la barra decidida a dejar su destino en manos de sus sentimientos. Cuando saliera de aquel bar, ellos elegirían la dirección a tomar. La chica del pelo teñido seguía apoyada de espaldas en la barra tal como la encontrara cuando llegó, mientras su compañera continuaba manipulando con desgana piezas de vajilla en el fregadero. Hablaban entre ellas con cierta excitación, casi como si discutieran, y ninguna de ambas pareció darse cuenta de su presencia.

— Mira tía, yo paso de esos rollos que estás montando, pero lo que tengo claro es que cuando quiera otra cosa me iré a otro sitio. No me voy a colgar de un picha floja de discoteca.

— ¿Y qué te crees que hay fuera?

La camarera con el pelo teñido de rubio aprovechó la llamada de Laura para evitar la respuesta de su compañera. Cogió una de las notas que estaban pinchadas en un panel de corcho y tecleó los importes en la caja registradora.

— Son tres cincuenta.

Mientras Laura buscaba en su monedero, se acercó de nuevo a su compañera, dispuesta a defender su historia con el chico que conoció la noche pasada. Ella también

tenía derecho a que la cogieran de la mano como le pasaba a aquella niña pija de la mesa número cinco.

— A ver, dime qué te crees que vamos a encontrar un par de putos camatas como nosotras en otra parte.

— ¡Qué paso tía, qué paso! ¿Qué quieras llamarlo? Pues lo llamas. Pero yo paso de esos rollos.

— ¡Qué vas a pasar! Nadie pasa de eso. Cuando te toca, te ha tocado. Y quieras o no quieras, te quedas colgada.

— ¡Pero qué chorradas estás diciendo hoy tía! Si todo eso del amor y los sentimientos no son más que mentiras.

Laura dejó unas monedas sobre la barra y se dirigió a la salida. El aire fresco de la mañana acarició su rostro, proporcionándole una sensación de vida que parecía haberle abandonado en el interior de aquel bar. Laura miró a ambos lados de la calle, a la derecha en dirección al piso de su amante, a la izquierda hacia el lugar en que vivía su amiga, y esperó a que sus sentimientos decidieran, pero sin embargo éstos parecían permanecer más atentos a esa brisa de vida que ahora ya recorría todo su cuerpo, como si esas dos alternativas, que ella creía agotaban las expectativas de su existencia, fueran las dos caras de una misma moneda y la respuesta que buscaba, esa vida que fuera sólo suya, estuviera esperándola en alguno de los lugares que recorría ese viento de la mañana.